

[...Fastidio...]

Hermes Clavería

Este texto es la respuesta de Hermes Clavería, a un cuestionario para editar un reportaje en esta revista sobre su vida y sobre su obra. Se ha titulado "fastidio" entre corchetes porque era la única palabra que no estaba tachada en un esbozo de título en proceso de descarte.

Vivo con el desencanto a flor de piel, como un fantasma que no extraña su cuerpo.

Saturado de gestos elijo la última mueca de mi rostro para respirar en el fastidio.

Miro alrededor y me duele el estado de indefensión espiritual de mis congéneres. ¿Cuál es el sentido de vivir así? ¿Cuál es el origen de este dolor anónimo?

¿Es este dolor una pérdida que no puedo domesticar a través de la resignación? No tenemos nada, nunca tuvimos nada que perder. Y sin embargo, es este dolor, el dolor de una pérdida que yo no alcanzo a comprender, pero intuyo que es universal.

A cada minuto me siento un ser incompleto, pero no por encontrarme en medio del camino que une mi nacimiento con mi muerte, sino por una sensación de ausencia inconmensurable. ¿Ausencia de qué? ¿De quién? ¿Puede la ausencia ser el rastro de una presencia que nunca existió?

Soy el anuncio del no ser, de una imposibilidad primitiva. Soy la pregunta incompleta de un dios distraído. En este limbo de las distracciones disfruto de un estado de inocencia sobrenatural, es como si viviera, con una intensidad anónima, en una instancia anterior a mi existir ubicada en un pliegue de mi carne. Vivo en una indolencia que me desnace.

Si me proyecto al futuro me invade el cansancio de una humanidad ingenua que ha perdido sus creencias a la par de la capacidad de reinventarlas.

Si me vuelvo hacia el pasado, nace en mi memoria lo inexplicable, el sin sentido de mi trayectoria. Pero lo que me fastidia es saber que cualquier opción que yo hubiera podido elegir, nunca dejaría de ser la reserva de un desencanto que el olvido disimula.

Transito mis sentimientos como un guardián de un cementerio inglés, envuelto por la bruma y una capa gris puesta del revés, tropezando con tumbas y con el aroma de las flores muertas.

Si tuviera la certeza de que las piedras respirasen, de piedra sería mi rostro. Todo mi ser se colgaría de ese rostro de contemplación inhumana, allí mi alma se transmutaría en un punto fijo de la nada y hasta la vista haría silencio.

Veo una caja de galletitas y todo mi ser es la caja apoyada en la estantería inerte de la vida. Veo el rostro de una mujer y quisiera postrarme envuelto en una entrega total, pero me mira y todo se escurre en una fugaz seducción de un entusiasmo imperfecto.

Mi brazo izquierdo sostiene el anotador en donde escribo, puedo sentir su flaccidez confundida entre los abismos que separan estos garabatos.

No vale la pena escribir, nada vale la pena, todo es parte de una lenta y porfiada exhalación de un universo provisorio, de un ser suplente de la nada cuya vida está amortizada en cuotas, algo así como si la muerte también tuviera la posibilidad de ofrecerse en tarjetas de crédito. □